

# Relatos de América Latina

## Una contranarrativa a los excesos de la pandemia

Rodrigo Ayarza

La madre le advierte a su hija Yuna, de tres años: «Está el bichito, no puedes salir afuera, ¿eh?». <sup>1</sup> Un niño en Nicaragua, aburrido, no consigue hacer nada, comparte el mismo sentir que otra niña en Colombia, que ve como se le pasa la tarde sin poder jugar con nadie. En la región de los Andes, decenas de niños y niñas recorren kilómetros y suben a lo alto de un cerro para obtener conectividad, mientras que un joven en Río de Janeiro, Brasil, abandona los estudios, su prioridad es sobrevivir. Decidido, abre la puerta de su casa, atraviesa en la madrugada las desérticas calles de su barrio, Ciudad de Dios, se sube al transporte que lo llevará por primera vez a vender cosas al centro de la ciudad. A cuatro mil kilómetros de ahí, en la selva del Amazonas peruano, una joven en su barca aguarda en silencio sin poder acercarse a la orilla, tan solo a unos metros la esperan sus seres queridos. Obligada a deshacer el eterno ritual del abrazo por miedo a los contagios, comienza a alejarse del lugar, cuando escucha un tibio aliento: «No se olviden de nosotros». <sup>2</sup> Este susurro de deseo se cuele en una habitación en la que vemos a una joven a la que se le cierran los ojos frente a la pantalla de la computadora en Guatemala, y muy muy lejos de allí vemos a una adolescente uruguaya que se pregunta: «¿Cuándo va a terminar todo esto?». <sup>3</sup> Ella está en su habitación, con la puerta cerrada, ensayando su parlamento para una obra de teatro virtual. En este instante lee la última frase del texto, mira al techo y la pronuncia suavemente, sin temor a equivocarse: «Si pudiera volverme a dormir como si nada de esto estuviera ocurriendo...». <sup>4</sup>

### Los excesos de la pandemia

Descubrimos que la cáscara que rodea al mundo se achica, restringe y golpea. Vemos cómo aplana emociones y, con discreción, también muele sensibilidades. Esa cáscara de confinamientos, irreconocible e inédita, no hace más que demoler esperanzas, o, si se prefiere, arrollar la autoestima. Es así como comenzamos un recorrido por un territorio en donde se extiende un escenario de tensiones múltiples, cargado de miradas no reconocidas y sensibilidades olvidadas. Y es en este territorio que experimentamos la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Retrocedimos a un tiempo en el que nos vimos rodeados por formas de confinamiento cultural, emocional y geográfico únicas e intratables. En un abrir y cerrar de ojos nos hallamos en un continente conquistado por la incertidumbre irrefutable de la pandemia, cuyos excesos golpean a una generación que convive con ellos y los resiste.

---

<sup>1</sup>Repórter, *¿Qual foi o último dia em que você se sentiu feliz?*

<sup>2</sup>Machiguengas luchan por sobrevivir dentro del Parque Nacional del Manu, Perú.

<sup>3</sup>Escuela de Teatro 33 <<https://youtu.be/3LFN0fkCRrk>>.

<sup>4</sup>*Ídem.*

Busco aquí descubrir y entrelazar distintas voces y experiencias de quienes han trabajado durante la pandemia con niños, niñas y adolescentes en diversos territorios de nuestro continente. Entre los meses de mayo y agosto de 2021 me entrevisté con referentes del campo educativo y social.

### **La pandemia golpeó a toda una generación**

«Los niños quieren dar lo mejor y no pueden», comparte la nicaragüense Carmen Moncada en su desafiante experiencia actual desde Honduras: «los niños se sienten impotentes, experimentan distintos estados de ánimo, se muestran irritados, sumisos y agotados y expresan su enojo ante esta realidad que los ha cambiado. También a los adolescentes se los identifica ansiosos, se los ve frustrados y temerosos». Destaca la soledad y la desconfianza ante las incertidumbres que genera el encierro prolongado.

Por su parte, Sonia Montoya, desde Colombia, comparte que muchos de los adolescentes que no logran satisfacer las expectativas de las instituciones educativas dejan sus actividades y, junto con ellas, su proyección a futuro se desvanece.<sup>5</sup> Ninfa Alarcón, desde Guatemala argumenta que la pandemia vino a evidenciar y a agudizar las desigualdades sociales. Además, el impacto será un gran retroceso a todo nivel, reconoce que en este tiempo se han exacerbado las violencias y destaca que sufrimos un retroceso en lo que habíamos avanzado en igualdad de género, especialmente en materia de derechos. Los casos de maltrato infantil y violencia sexual se han elevado considerablemente en Guatemala, así como los de embarazos en adolescentes. Vale la pena mencionar que los niños, niñas, y adolescentes también están vivenciando las consecuencias psicológicas del confinamiento y la no socialización con los pares. La frustración y la violencia que están viviendo, a pesar de que se encuentran en casa, evidencia que están siendo vulnerados en sus hogares.

### **Náufragos... la respuesta de los adolescentes**

Al retroceder en derechos percibimos que la cáscara del mundo que nos rodea se achica cada vez más, ciñe y ajusta, y las preguntas sobre hacia dónde podemos ir, qué podemos hacer, no tienen respuesta. Un grupo de adolescentes uruguayos descubren que tienen poco margen de acción y, disconformes con esta realidad, eligen dramatizar su experiencia en tiempos de pandemia. En su obra de teatro, titulada *Náufragos*, dirigida por Diego Lapasta, ensayada y actuada en forma virtual, representan a unos personajes que se sienten incomprendidos y quienes, ante la ausencia de certezas y esperanza, se perciben zozobrando en un mar de incertidumbres. En uno de sus parlamentos se cuestionan: «¿a quién se le ocurrió hacer este viaje?». <sup>6</sup> Y, sin obtener respuesta alguna, cuando el dramatismo alcanza su punto más alto y no hay vuelta atrás se definen como náufragos formando parte de ese mar de incertidumbres: «Ya no somos los mismos que cuando partimos, ahora solo somos lo que lleva la marea». <sup>7</sup>

---

<sup>5</sup>Idea que también comparte Daniel del Río, desde Lima y Carolina Arroyave, desde Medellín.

<sup>6</sup>Escuela de Teatro.

<sup>7</sup>Ídem.

## **“No se olviden de nosotros”**

Expresiones y sentimientos similares surgen en variadas geografías, en este caso con poblaciones originarias en la Amazonia peruana, en donde también la pandemia les dijo «hasta acá». Relata María Teresa Moreno que la pandemia ha limitado prácticas culturales: «aprendimos a identificar formas de aislamiento como nunca antes se habían experimentado, las que han llevado, entre otras, a limitar diversas formas de sustento». Las producciones de vestimenta artesanal confeccionada por jóvenes sufrieron cambios ante la falta de contacto con otros pueblos, lo que provocó que el intercambio comercial disminuyera estrepitosamente y fracasara. Pero la pandemia no solo tocó la economía, sino que también golpeó en lo emocional y en la autoestima. Al no poder comercializar sus trabajos, fruto de las restricciones territoriales, la merma económica hizo tambalear el sustento y repercutió en la autonomía, en la forma de valorarse y de ser reconocidos en una comunidad más amplia. La pandemia cuestionó y arrebató experiencias de autonomía sustentable, afectó vidas y también estrategias de sobrevivencia. Al cambiar el concepto de movilidad por miedo a los contagios, se transformaron las formas de percibirse unos a otros y aumentó la desconfianza, lo que para muchos significó la pérdida de modos de sobrevivencia que los dignificaban.

### **Reconstrucción de roles**

Una madre intenta apoyar a su hija con los estudios en su hogar, pasan los días y siente que no puede, agobiada, dice: «¿Cómo voy a enseñar a mi hija a leer, si yo no sé leer?». <sup>8</sup> La pandemia pone a la infancia en estado de alerta, y ante la incertidumbre de no saber qué va a pasar mañana, tanto en la madre como en la hija emergen la ansiedad y la desesperanza.

Mariana Ayarza, desde Montevideo, comparte que la pandemia despierta miedos ante la imposibilidad de lograr lo que uno se propone, pero también despierta deseos de combatir esos miedos. Así, nos dice que el deseo de esa madre de apoyar a su hija y estar presente en el día a día para enfrentar de la mejor manera posible esta experiencia, refuerza y reconstruye su rol para seguir adelante. La define como promotora y facilitadora de un espacio educativo que su hija perdió, ya que en este tiempo se hace imprescindible la necesidad de formalizar un encuadre y ser un sostén.

### **Presente y futuro**

Noemí Alves, desde Uruguay, comparte que tener que adaptarse a esta costumbre de aislamiento produce estrés. Afirma que todos perdemos, pero son los estudiantes quienes se sienten particularmente afectados. Los adolescentes se sienten incomprendidos y recargados, porque esa etapa llena de vivencias nuevas quedó truncada. Lo que más los afecta es la pérdida de los espacios compartidos, que trae consigo emociones que pueden llevar a la depresión. También, Santiago Arturo, relata que en Argentina la carga que significó para los estudiantes tener que sobrellevar todo un año sin poder encontrarse con quienes forman parte de su generación creó un profundo vacío.

A partir de estas realidades podemos comenzar a imaginar lo que esto podrá significar para el futuro de niños y adolescentes, expresa Aguinaldo Campos, desde San Pablo, quien afirma que la pandemia reveló un abismo entre las clases sociales, y que, como siempre, los más pobres están

---

<sup>8</sup>Expresa Carmen Moncada.

pagando la factura. En materia educativa, comenta que en Brasil solo el 20% de los estudiantes han tenido alguna participación en la educación virtual. Es a partir de la cultura insípida que observamos que se invisibiliza más a los que ya estaban invisibilizados.

### **A manera de epílogo**

Después de ver como la pandemia golpeó a toda una generación, descubrimos que se extiende un entramado complejo en una geografía en la que predominan fuertes contrastes y definimos que existen altas probabilidades de fracasar si se legitima la cultura del aislamiento, que no abraza ni deja abrazar.

Fue así como a partir de estos relatos hallamos, una a una, las voces que nos acercaron a las diversas experiencias, en donde descubrimos la amplitud de perspectivas, el trabajo revitalizante, la confianza y el reconocimiento del otro para construir el sentido de pertenencia. Incluir estos relatos permitió descubrir oportunidades de crear una contranarrativa a los excesos de la pandemia para enfrentar sus golpes y resistir sus silencios.

Vivir lejos de nuestro continente esta pandemia significó distancia y aislamiento, pero también me permitió redescubrir diversas experiencias y reencontrarme con el potencial de búsqueda transformadora de quienes nos invitan a repensar las prácticas en América Latina, de quienes a través de encuentros virtuales, audios y textos fueron desaprendiendo el modelo que la pandemia impuso.

Agradezco profundamente sus aportes a Carmen Moncada, psicóloga; Diego Lapasta, profesor de Literatura; Sonia Montoya, psicóloga; Ninfa Alarcón, socióloga; María Teresa Moreno, educadora y nutricionista; Mariana Ayarza, psicóloga; Noemí Alves, docente y psicóloga; Aguinaldo Campos, profesor universitario; Daniel del Rio, psicólogo; Santiago Arturo, trabajador social y a Carolina Arroyave Montoya, estudiante universitaria. A todos y todas, muchas gracias por sus relatos.